

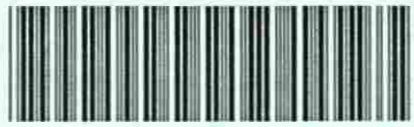
BERMON

232

7

F12

S47



1020002368



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



104026

ACCEDENS ABIMELECH IVXTA TVERIM, PVGNABAT FORTITER;...ET ECCE VNA MULIER FRAGMEN MOLAE DESVPER IACIENS, ILLISIT CAPITI ABIMELECH, ET CONFREGIT CEREBRVM EIVS.

Acercandose Abimelec á la torre peleaba con esfuerzo;...y he aquí que una muger, arrojando desde arriba un pedazo de rueda de molino, la estrelló contra la cabeza de Abimelec, y le rompió el cerebro.

Iudic. IX. 52, 53.

Con que en fin, SEÑOR EXMÔ., despues de algunos dias de sustos y temores que perturbaban los ánimos de quantos habitantes encerraba esta populosa ciudad, causados por la tiranía y furor de los enemigos de la patria

Ano-1811



FONDO FERNANDO DIAZ RAMIREZ

que introducian por todas partes la desolacion y el espanto, nos vimos para siempre libres de su crueldad en el memorable dia 30 de octubre del año próximo pasado de 1810? ¿Con que la inaudita rabia y encono de un hombre desgraciado, que tenia el empeño de saciar con la inocente sangre de los buenos, la sed que abrasaba sus entrañas, encontró á las puertas de la feliz y dichosa México quien se opusiera con ardor á su tumultuario arrojó, é impidiera la execucion de tan iniquo y bárbaro proyecto? ¿Con que la altivez y orgullo de un hijo desnaturalizado de los virtuosos héroes españoles, que juzgó podia usurpar facilmente una dominacion tirana sobre estos hermosos paises, se vió postrado, confundido y humillado por un corto número de leales y valientes hijos de la América, que pre-

sentados por su generosa madre contra todo el ímpetu de los rebeldes, ni se amedrentaron á la vista del peligro, ni huyeron á presencia de un ejército formidable, ni vacilaron en medio de un combate fiero y obstinado, ni desmayaron por el hambre y la fatiga, ni se rindieron acometidos con todo el furor y desesperacion del enemigo? ¿Que gloria señores para los inmortales gefes que con su zelo, prudencia y actividad lograron el triunfo mas completo que se hallará tal vez en la historia de los pueblos y naciones belicosas! ¿Que honor para todos los dignos militares americanos, cuyos nombres ocultos hasta entonces en el pequeño rincon de sus hogares, resonarán ya por todos los ángulos de la tierra, y en ellos se oirá con admiracion tan singular prodigio de serenidad, de valor y de constan-

cia! ¡Que gozo para la América, quando ve á sus amados hijos que si en los tiempos felices de la paz no conocieron el estrépito de las armas, ahora que ha sido necesario se valgan de su irresistible fuerza, saben tomar parte en la heroicidad de un espíritu amante del buen orden, de la sumision y de la obediencia!

Celebremos pues hoy una victoria tan señalada con las mas festivas demostraciones de júbilo y alegría; y si la fe santa que nos ilustra con sus verdades, enseña que todo bien y felicidad viene de Dios, que es el autor único de quantas dichas logramos sobre la tierra; ocupemonos en buscar el medio de que se valió la poderosa diestra del altísimo para ponernos en las manos la palma de este triunfo, y mostremonos obligados de tan impoderable beneficio. Mas ¿quien

de vosotros duda ni por un momento en afirmar qual sea éste? Todos á una voz ensalzais la benignidad y clemencia de MARIA; publicais con la mayor sinceridad, que la digna madre de Dios fué quien obró tan inaudita maravilla, y derramais tiernas lágrimas de reconocimiento y gratitud á la que ha sido nuestro escudo, protección y defensa. Yo pues, que tengo hoy el empeño de explicar en este lugar sagrado los sentimientos que os animan, con el fin de avivarlos en el dia en que hemos cumplido el primer año de nuestra libertad conservada por esta madre de misericordia, no haré mas que exponeros los desastres que temiamos, y el modo con que de ellos fuimos libertados, á la manera que los ciudadanos de Tebes en la tribu de Benjamin lograron ver acabado en sus mismas puertas el furor de Abimelec,

que intentaba subyugarlos, y á quien una sola muger habiendole deshecho la cabeza con la enorme piedra de un molino, imposibilitó de conseguir mas victorias.

Así tambien nosotros fuimos amenazados por un numeroso ejército de rebeldes con las mayores calamidades que nos podian sobrevenir; pero MARIA siempre atenta á impedir los males, alcanzó de ellos un triunfo glorioso por medio de esa imagen, que en todos tiempos fué nuestro universal remedio, y de una vez les impidió el que prosiguiesen adelante en sus bárbaros intentos. *Accedens Abimelech iuxta turrim, pugnabat fortiter;...et ecce vna mulier fragmen molae desuper iaciens, illisit capiti Abimelech, et confregit cerebrum eius.* Hagamos pues una ligera memoria de aquellas desgracias, y veamos el em-

peño de MARIA en preservarnos de ellas, publicando á todas las gentes que la madre de Dios ha sido nuestro consuelo único en tan amarga tribulacion. Ceda todo en honra y gloria del señor Dios de las batallas, en alabanza de MARIA nuestra benigna y clementísima madre, y en provecho y edificacion de nuestras almas; y para lograr tan importantes fines, saludemosla primero animados de la mayor confianza.

AVE MARIA.

Luego que falleció Gedeon, aquel célebre general, que con solos trescientos hombres escogidos habia perseguido á una multitud incalculable de madianitas, dexando tendidos en el campo de batalla ciento y veinte mil cadáveres como afirma el sagrado texto; Abimelec, hijo suyo y de una esclava, no pudiendo llevar en

que intentaba subyugarlos, y á quien una sola muger habiendole deshecho la cabeza con la enorme piedra de un molino, imposibilitó de conseguir mas victorias.

Así tambien nosotros fuimos amenazados por un numeroso ejército de rebeldes con las mayores calamidades que nos podian sobrevenir; pero MARIA siempre atenta á impedir los males, alcanzó de ellos un triunfo glorioso por medio de esa imagen, que en todos tiempos fué nuestro universal remedio, y de una vez les impidió el que prosiguiesen adelante en sus bárbaros intentos. *Accedens Abimelech iuxta turrim, pugnabat fortiter;...et ecce vna mulier fragmen molae desuper iaciens, illisit capiti Abimelech, et confregit cerebrum eius.* Hagamos pues una ligera memoria de aquellas desgracias, y veamos el em-

peño de MARIA en preservarnos de ellas, publicando á todas las gentes que la madre de Dios ha sido nuestro consuelo único en tan amarga tribulacion. Ceda todo en honra y gloria del señor Dios de las batallas, en alabanza de MARIA nuestra benigna y clementísima madre, y en provecho y edificacion de nuestras almas; y para lograr tan importantes fines, saludemosla primero animados de la mayor confianza.

AVE MARIA.

Luego que falleció Gedeon, aquel célebre general, que con solos trescientos hombres escogidos habia perseguido á una multitud incalculable de madianitas, dexando tendidos en el campo de batalla ciento y veinte mil cadáveres como afirma el sagrado texto; Abimelec, hijo suyo y de una esclava, no pudiendo llevar en

paciencia que alguno de sus setenta hermanos, en quienes concurrían las mejores calidades, le fuese preferido en el gobierno del pueblo de Dios, devorado su corazón por la envidia mas negra, sin reparar en crímenes ni delitos, se determinó á hablar á los siquimitas sus paisanos de este modo: „ Que os es mas útil y provechoso? ¿ Que os acomodeis á obedecer á un número tan exorbitante de jueces como es el de setenta, aunque todos ellos sean hijos del valiente Gedeon; ó á mí que soy uno solo, y que tambien lo reconozco por mi padre, sin embargo de que mi madre estuvo baxo su servidumbre? Reflexionad bien que la muger en cuyo vientre fuí concebido, salió de entre vosotros, y así yo soy vuestra carne y por mis venas circula vuestra sangre. Ea pues; tened buen ánimo, y acometed una

grande empresa, negandoos á la sujecion de mis hermanos, porque ellos no lo son vuestros. “ En un momento circularon estas palabras sediciosas por todo el pais de Siquen; y he aqui que los mendigos y vagos formaron un poderoso ejército que se organizó en el templo del ídolo Baalberit, cuyas riquezas se entregaron todas á Abimelec, y este reforzado con oportunos socorros se dirigió á Efra, entró en la casa de su padre Gedeon, sorprendió á todos sus hermanos, menos á Joatan que pudo escapar con algun trabajo, los llevó cargados de prisiones hasta el lugar en que se ofrecían los inmundos sacrificios, y allí les dió sucesivamente una muerte la mas cruel, horrorosa é injusta para desahogar su furor. Envanecido su orgulloso ánimo con esta que juzgó victoria, ocupó los lugares de Melo y

Ruma, se fortificó en el monte Selmon, puso fuego á la ciudad de Siquen, y por último caminó á Tebes, donde encerrados los hombres, las mugeres y los niños habian determinado el morir antes de hambre, de sed y de miseria, que abrir sus puertas á un tirano, cuya dominacion les sería enteramente insoportable.

Yo señores no se que el Br. D. Miguel Hidalgo y Costilla hubiera propuestose por modelo en la presente conjuracion de que ha sido el autor á este cruel, iniquo, faccioso y desnaturalizado hijo del insigne Gedeon, y que tanto se apartó de los ilustres exemplos de sumision y obediencia que le habia dado su padre antes de ser gobernador del pueblo de Dios; pero leyendo qualquiera con atencion todo el capitulo nono del sagrado libro de los jueces, y la histo-

ria de los tiempos infelices en que por desgracia nos hallamos, advertirá una semejanza tal entre uno y otro, ya en los principios, ya en los pretextos y ya en los estragos de ambas rebeliones, que casi no acertará á distinguirlas. En efecto: el Abimelec de nuestra América, hijo ó descendiente de los esclarecidos Gedeones que en la España antigua habian triunfado repetidas veces de la soberbia africana, y obscurecieron para siempre el resplandor de sus lunas, obligando las por último á esconderse baxo la otra parte de los mares; Hidalgo, que roido de una fiera envidia por la felicidad comun en medio de tantas turbaciones que la crueldad francesa ha causado en el continente europeo, quiso derrocar el trono en que habian de sentarse sus hermanos para juzgar á la nacion durante la ausen-

cia de su monarca legítimo; este hijo bastardo de los héroes españoles, que desentendiéndose de los excelentes modelos de virtud que hallaría en sus ascendientes, aspiró al honor y gloria del mando sin título ni motivo que para ello lo autorizara; hace resonar en lo obscuro de una noche las voces mismas con que el siquimita logró persuadir á sus paisanos á que se le uniesen todos con el fin de derramar la sangre de los otros hijos del valeroso Gedeon, y de que á él lo reconociesen y jurasen por su rey. La diversidad de suelo en que el Señor quiso nacieramos y la calumniosa mentira de que los españoles europeos querian dominar tiranamente sobre este pais afortunado, fueron entre otros los pretextos de que el autor de la conspiracion americana así como el de la de Siquén, se valió para

usurpar él mismo la dominacion que tanto imputaba á los que eran el objeto de su furor y de su encono. *¿ Quid vobis est melius?* decia á todos los pueblos, *¿ ut dominantur vestri septuaginta viri, omnes filii Iero-baal, an ut dominetur vnus vir?* ^a ¿ No es mejor para este reyno hermoso y tan privilegiado de la naturaleza que me reconozca á mi solo por su juez y gobernador, que á los que tuvieron su cuna del otro lado del océano, aunque ellos tambien sean hijos de los famosos héroes españoles? *Considerate quod os vestrum, & caro vestra sum.*^b Tened presente americanos, que ellos aunque hermanos míos, son naturales de las posesiones de Efrain, y yo he visto la primera luz de mi vida en la tribu de Benjamin, así como vosotros. Soy pues

a Iudic. IX. 2.

b Ibid.

vuestro hermano, mi carne es carne vuestra, y si mi padre nació en una parte tan lejana, á mi no me dió el ser sino entre vosotros. Yo pues os juzgaré; pero venid antes conmigo, demos una cruel muerte á todos mis hermanos, ocupemos los lugares de la Palestina, infundamos el terror á quantos se atrevieren á oponersenos, llevemonos las riquezas para perfeccionar nuestro intento, únanse á mí todos los cargados de deudas, los ociosos y mal entretenidos, y no cesemos en la empresa hasta que yo logre una pacífica posesion del dominio que intento adquirir sobre vosotros.

Así ha sucedido señores. *Dederunt illi.... pondo argenti.... qui conduxit sibi ex eo viros inopes & vagos, secutique sunt eum.*^a No bien escucharon estas palabras algunos de es-

^a Judic. IX. 4.

piritu vengativo y rencoroso, quando sin la menor demora prestaron todos los auxilios que se les pedian, y creyendo infalible el éxito de sus sanguinarios proyectos comenzaron á introducir por todas partes la discordia, á llevar la desolacion por los pueblos y ciudades, á infundir el terror en las provincias, á talar los campos, incendiar las mieses, robar los ganados, y aun lo que es mucho peor, á sacrificar la integridad de las vírgenes, ajar el decoro de las respetables matronas, atraer el hambre, la desnudez y la horfandad á las familias, exponer al ludibrio de un populacho insolente y atrevido á los que se habian esmerado en la tranquilidad y pacificación de los pueblos, á envaynar sus desapiadados aceros en el pecho de los beneméritos de la patria, y á llenar de sangre inocente los montes,

los collados, las barrancas, los campos, los caminos, las plazas, las calles y aun los mismos templos. ¡ Ah! ¡ quien me diera hoy la mas sublime eloquencia para referir los desastres que causaron los facciosos en Dolores, S. Miguel, Celaya, Valladolid, Guadalupe, Zacatecas y en otras muchas partes, en las que á manera de leones hambrientos irritados á la vista de la caza, atropellaron por todo respeto divino y humano, y aun llegaron al extremo de disparar sus tiros contra un venerable párroco^a que llevaba en sus manos el *augusto sacramento del cuerpo del Señor!* ¡ Quien tuviera la imaginacion mas triste y melancólica para pintaros muy al vivo las horrosas muertes executadas en la terrible alhóndiga de Guanajuato, en la

^a El Dr. D. Josef Ignacio Muñiz, cura de Xocotitlan. Gazeta del gobierno de México de 20 de abril de 1811, número 47.

que se vieron obligados los infelices destinados al sacrificio á presenciar con sus mismos ojos el desgraciado fin de sus compañeros, y á morir anticipadamente otras tantas veces, quantas con un semblante horrible se les repetia la intimacion de tan inhumano decreto! ¡ Allí desnudos, pálidos por el hambre cruel que los devoraba y por el terror que se habia apoderado de sus corazones, hacina- dos sobre un monton de cadáveres, ó tirados sobre un suelo tan duro y escabroso, como húmedo y mal sano, custodiados por unos hombres fieros que con ojos relampagueantes les amenazaban á cada paso con fusiles, escopetas, trabucos y lanzas, insultados de lo mas vil y soez de la plebe que descargaba sobre ellos una furiosa tempestad de ultrages y baldones, dexando caer á torrentes las lá-

grimas de sus ojos, pues ni aun se atrevian á pedir misericordia, porque esto seria cometer un nuevo delito, vertiendo con abundancia la sangre por sus heridas; unos abrasados de la sed, tullidos los otros por el frio, estos avergonzados con la desnudez, sin sentido aquellos por la vehemencia de los dolores; ya asaltado de una fiebre ardiente y maligna que les embarga las potencias, y ya atormentados de su propia imaginacion que les hacia sentir todo el enorme peso de su desgracia....! ¡Ay señores! ¡este es el verdadero retrato de la paz, de la prosperidad y de la abundancia que el Abimelec de Michoacan quiso procurar á la América, sacandola del yugo tiránico de la antigua España para que disfrutase de estos inestimables bienes! Pero sigamos adelante.

Envanecido este infeliz hombre

con unas que jamás podrán llamarse victorias, sino opresion, tiranía, asesinato, inhumanidad y fiereza, ex- tiende las benignas alas de su pro- teccion, no se si diga sobre toda la América septentrional, porque son muy pocos los lugares de ella que no hayan recibido las saludables influen- cias de este planeta luminoso. Desde 16 de septiembre, hasta el 30 de octubre de 1810, no solo contaba por suya la desgraciada provincia en que recibió el ser, sino tambien ha- bia pisado las confinantes para apoderarse de todas; y engrosado con un numeroso ejército del que no so- lo por la multitud de gente que lo componia, sino aun mucho mas por los estragos que causaba, podremos decir lo que del de los madianitas afirma la santa escritura, ^a que cu-

vió la superficie de la tierra como si fuese una plaga de langostas, después de haber cometido tantas y tan inauditas atrocidades como son las que nadie puede ignorar, *proficiscens venit ad oppidum Thebes*, dirige su marcha hasta las cercanías de México; y con semblante furioso, centelleantes los ojos, trémula la barba, arrojando espuma por la boca, inquietos los brazos, desasosegado el cuerpo, agitado el corazón, vacilantes las piernas, y todo el en un continuo y desordenado movimiento, se presenta finalmente en el célebre monte de las Cruces á la cabeza de ochenta mil tigres, que no respiran más que muerte, sangre y desolación.

¡Dios santo! ¡Dios benigno!
 ¡Dios de clemencia y de bondad!
 ¿Adonde están señor vuestras an-

a Iudic. IX. 50.

tiguas misericordias? ¿Que? ¿dos años de amargura y de dolor que oprimía á los habitantes de México por la funestísima nueva de los males que experimentaba la antigua España, tiranizada en gran parte por el gefe del ateísmo, de la irreligion y del libertinage, no eran bastantes á desarmar vuestro enojo tan irritado por nuestras culpas? ¿Dos años de zozobras é inquietudes, de sustos y de temores por los sucesos desgraciados de la guerra tan heroicamente sostenida en la península contra la impiedad y el despotismo, no inclinaron hacia nosotros esa bondad infinita de que siempre os habeis gloriado? ¿Las lágrimas generales que regaron con abundancia el pavimento de este propio templo, los clamores que levantamos entonces desde el profundo

a Psalm. LXXXVIII. 50.

abismo de nuestra miseria pidiendoos el perdón de nuestros delitos, la confusión y amargura con que heriamos nuestros pechos, tomando así venganza de unos corazones que os abandonaron en los días de prosperidad, las oraciones de tantas almas justas que desde el oculto rincón de sus claustros querían forzar las duras puertas del cielo, y haceros una dulce violencia para que volviéseis sobre México vuestros ojos misericordiosos, tantas vigiliás, ayunos, austeridades, mortificaciones y penitencias, y aun lo que excede infinitamente á todo esto, la sangre misma de vuestro unigénito amado que innumerables veces se os presentó en ese altar santo para aplacar con ella vuestra justicia; nada de esto ha alcanzado de vos la indulgencia y el olvido total de nuestras iniquidades? ¿Con que México,

que por tres siglos habia gozado de una profunda paz, que os reconocia y adoraba como á su verdadero Dios, que miraba con el mas tierno y cordial afecto á MARIA su dulcísima abogada, que poseia una prenda la mas estimable de su perpetua felicidad y del cariño que debe á esta madre de la gracia en el lienzo guadalupano; México ha de ver ese mismo precioso lienzo enarbolado en el medio de sus plazas como el estandarte de la rebelion, del odio, del homicidio, del estupro y del sacrilegio? ¿Y lo ha de ver tremolar por unas manos que han sostenido toda vuestra omnipotencia, que han inmolado la víctima pura y santa, que han dispensado los inestimables tesoros de vuestra misericordia, y que cerraron para muchos la boca del infierno, y abrieron las puertas del celestial pa-

raís? ¿por unas manos que han da-
do libertad á los cautivos, salud á los
enfermos y aun la vida misma á los
muertos mas antiguos, corrompidos
y hediondos? *¿Quae est enim fortitu-
do mea ut sustineam?* ^a Padre santo;
Dios de clemencia: acordaos señor
que somos flacos y que no podremos
sobrevivir á tan amargo dolor, por-
que ni nuestra resistencia es como la
de las piedras, ni nuestro corazon
tan duro como el bronce. ^b ¿No os
apiadareis pues de estos clamores?
¿cerrareis vuestros ojos para no ver
nuestras lágrimas? ¿seremos presa
desgraciada de los enemigos? ¿senti-
remos todo el peso de su infame ti-
ranía?

Consolaos, señores, consolaos,
y respirad un poco dilatando los se-
nos de vuestro pecho angustiado; por-

^a Iob VI. 11.

^b Ibid. 12.

que MARIA se presenta ya ante el tro-
no del altísimo, y consigue por últi-
mo el remedio de tan urgente nece-
sidad. Es cierto que *accedens Abime-
lec iuxta turrim, pugnabat fortiter*. El
miserable caudillo de la rebelion lle-
ga casi á las puertas de México, y
alli hace todos los esfuerzos posibles
con el fin de consumir la obra que
trae meditada; pero hay una muger
fuerte y animosa que le detiene el
paso, enerva su fiereza, destruye
sus conatos, y como si le hubiera
estrellado en la cabeza la enorme pie-
dra de un molino, lo impossibilita de
alcanzar mas victorias. *Ecce una mu-
lier fragmen molae desuper iaciens,
illisit capiti Abimelech, & confregit
cerebrum eius.*

Yo no puedo menos que confe-
sar aqui mi rudeza; pues ni tengo
voces, ni hallo palabras que den á

entender como quisiera los vivos sentimientos de gratitud á tan insigne bienhechora que deben animar nuestros corazones, quando hoy, 30 de octubre, dia en que se ha cumplido el primer año despues de la memorable batalla de las Cruces, hemos venido á este magnifico templo á pro- testar á MARIA, con quantas lenguas pudieremos hablar, que ella fué nuestro escudo, nuestra defensa, nuestra libertadora, nuestra benigna y misericordiosísima madre en las circunstancias mas tristes que pudieron acaer- cernos en todo el año pasado de 1810. Sí, MARIA fué la que cegó los ojos de los innumerables bandidos que an- siando por las opulentas riquezas de México, se arrojaban precipitados sobre las pocas bayonetas que se les opusieron. MARIA fué la que extendió su manto sobre el pequeño ejército,

si acaso pudo merecer este nombre el que defendia su causa, su honor, y su gloria tan vilipendiada de los sacrílegos facciosos. MARIA fué la que con el soplo de su boca varió la di- reccion de las balas, hondas y piedras que de otro modo hubieran acaba- do necesariamente con los nues- tros. MARIA fué la que con una mano postraba heridos á los enemigos, y con la otra levantaba del polvo de la tierra héroes invencibles que los des- truyesen y acabasen. MARIA fué la que ocupó la cumbre de los montes á cuya falda se situaron nuestros va- lientes soldados, para impedir el es- trago que en ellos debia causar el vi- vo fuego que de allí se les hacia. MA- RIA fué por último la que no desde- ñándose de tomar personalmente el cargo de un general de ejército, ins- piraba á los gefes, ayudaba á los su-

balernos, animaba á los que desfallecían, daba actividad á los perezosos, hacia impenetrables las columnas, dirigia los tiros, sostenia los fuegos, y ¿que se yo si hizo parecer á la vista del enemigo como un ejército de cien mil hombres el que apenas contaria ochocientos? Por que *¿quomodo persequatur vnus mille, & duo fugent decem millia?* preguntaré yo hoy, como Moyses en otro tiempo á sus israelitas: ¿como puede ser naturalmente que uno persiga á mil y que dos hagan huir á diez mil?

El número de los facciosos que se hallaron en la acción por el cálculo mas corto no es inferior al de ochenta mil, quando la division que les estorvó el paso solo tenia la fuerza de ochocientos. Un exceso tan

^a Deut. XXXII. 30.

enorme, ¿quien no ve que al poder humano es un obstáculo insuperable? ¿No se ha juzgado siempre como un maravilloso prodigio el que Gedeon con trescientos soldados pusiese en fuga á ciento treinta y cinco mil madianitas; que el invicto duque de Cantabria D. Pelayo con solos mil asturianos generosos diese la muerte á veinte mil sarracenos, y ahuyentase la multitud incalculable que ocupaba las montañas de Covadonga; que en la célebre jornada de Clavijo en la Rioja, siendo muy inferior en número el ejército de Ramiro al del poderoso Abderramen su contrario, dexáse tendidos en el campo los cadáveres de sesenta mil moros; y que en la memorable de las Navas de Tolosa habiendose eclipsado doscientas mil lunas africanas, solo desapareciesen

^a Iudic. VIII.

veinte y cinco hermosas estrellas del brillante cielo español? Y si estas acciones fueron tan admirables por el cortísimo número de los que vencieron, ¿que deberemos pensar de la nuestra, reflexionando sobre las demás circunstancias que la acompañaron? Una batalla comenzada á las ocho de la mañana, empeñada con nueva fuerza por parte de los enemigos á las once de la misma, y sostenida con inaudito exemplo de valor por nuestros ochocientos héroes hasta las cinco y media de la tarde, siendo toda su duracion de nueve horas y media, entre montes coronados de gente, que arrojaba dardos, piedras y balas, mantenida por unos hombres débiles, fatigados con el cansancio de los dias anteriores, y que no podian tomar algun alimento para reparar las fuerzas, y ganada por quienes jamas

habian visto el horrible semblante de la guerra; ¿no es la prueba mas cierta de que MARIA asistió muy particularmente á los nuestros, que levantó sus fuertes brazos quando ellos los dexaban caer desfallecidos, que limpió sus preciosos sudores, que consoló sus espíritus generosos, que mantuvo sus nobles sentimientos, que les quitó el horror de la muerte que parece debian esperar, y que infundió en el corazon de los militares americanos la religiosidad de Jepté, la prudencia de Barac, la fuerza de Sanson, la actividad de David, y el entusiasmo heroico de los Macabeos? ¿Dudaremos un momento en afirmar que MARIA trasladó á los campos de México el zelo de Pelayo, la animosidad de los Alfonsos, la piedad de Ramiro, la sagacidad de Ordoño, el empeño de Fruela, la felicidad del santo D.

Fernando, la irresistible fuerza de Carlos V. y que hizo revivir la constancia y fidelidad del invicto Hernan Cortés? Yo señores así lo creo, y siempre publicaré que el brazo del altísimo, importunado, si me puedo explicar de esta manera, de los ruegos é intercesion de nuestra benigna madre fué quien como añadía el mismo Moyses, humilló y confundió á nuestros enemigos, y no solo los desamparó quitandoles todo camino de consejo y de prudencia, sino que los vendió y entregó en nuestras manos, cerrandoles las puertas por donde pudieran buscar nuevo socorro: *Deus suus vendidit eos, et Dominus conclusit illos.*"

¿Visteis señores alguna vez en el medio de un campo desierto á una debil florecilla, que agitada por todas

^a Deut. XXXII. 39.

partes de los vientos no puede conservarse recta mucho tiempo, é inclinándose con violencia ya al uno, y ya hacia al otro lado, está en el mayor riesgo de verse postrada á la fuerza de tan irresistible enemigo? ¿Observasteis como enmedio de un trabajo tan penoso, cargan sobre ella las rabiosas abispas, que habiendo solicitado en vano otras flores vienen quando el sol calienta con insufrible ardor; y la punzan, la chupan y maltratan, queriendo todas á porfia sacarle hasta la última miel: por lo que ella como abatida en tanto cúmulo de desgracias dexa caer sus bellas hojas, retira sus vivos colores, y quiere ya echarse entre la verde grama, que arrastrada por el suelo no se ve expuesta á tan fieros desastres? ¿Pero advertisteis tambien, que si apiadado el jardinero de la triste situacion en

qu⁴ la mira, corre veloz hacia ella, espanta aquellos perniciosos insectos, la cubre de los ardores del sol, la cerca contra el ímpetu de los vientos y la humedece con el riego; ya hacia el caer de la tarde está aun mas erguida, agraciada y hermosa que lo que habia aparecido al salir de la mañana? Pues en ella teneis una imagen, aunque muy imperfecta, del beneficio dispensado por MARIA á la valiente tropa americana, quando cercada de un número crecido, rodeada de bocas que todas vomitaban estrago, muerte y desolacion, al pie de cerros casi inaccesibles, ocupados ya por los tigres y leopardos, en tanta duracion de tiempo que hubiera hecho desfallecer al corazon mas animoso, no acostumbrada al estruendo horrísono del cañon, y debil, fatigada y en estado mas bien de rendirse que

de vencer, ahuyentó de México al tirano Abimelec, quien confiado en su increíble fuerza, y orgulloso con las precedentes victorias, deseavainó su espada, y se decia alla dentro de si mismo: „Perseguiré á todos mis hermanos los descendientes de Gedeon, los sorprenderé y cargaré de prisiones, les daré una cruel y terrible muerte, embriagaré mis saetas en la sangre de los buenos, robaré todos sus bienes y me apoderaré de los tesoros. Llegaré á coronarme por rey de mis paisanos: ellos se me presentarán temerosos, y no podran menos que doblar ante mi su rodilla: mi voluntad será executada con presteza en todo este vasto continente; ^(a) al imperio de mi voz se estremecerá el orbe entero: *implebitur anima mea.*^a ¡Que satisfaccion tan grande para mi

^a Exod. XV. 9.

a que hasta ahora no habia gozado de estos bienes, y ya entrevé la felicidad que la espera! Ea pues, sean todos sacrificados á mi furor; no quede uno de quantos puedan estorbar mi intento. Furias crueles del abismo, venid en mi ayuda, y llevad la desolacion y el terror hasta los fines de la tierra. Saciaos en la inocente sangre de los virtuosos: extended por las ciudades y los pueblos la viudez, y la horfandad, y aumentad vuestra alegría con las lágrimas, suspiros y lamentos del tierno infante, de la honesta doncella, y de la respetable matrona. Corred...." Pero no dixo mas; por que MARIA que parece se habia hecho sorda á nuestros clamores, ni queria oponer su fuerte brazo para contener el impetu del enemigo, ó bien por el agravio y sumo deshonor que experimentaba en

su imagen guadalupana, la que era llevada por todas partes como madre y protectora de crimenes los mas enormes, ó importunada de los fervorosos suspiros de muchísimos justos que encierra México, adornada con todo el esplendor de su gloria, vestida de oro y de carmin, colocada á sus pies la mudable luna, sirviendo uno de sus brazos de digno y magestuoso trono al rey inmortal de los siglos, y empuñando con la diestra una luciente espada, parte en el momento desde la humilde casa que sus hijos le fabricaron antiguamente en las lomas de los REMEDIOS hasta el centro de esta capital, deteniendose en el camino todo el tiempo necesario para humillar la altivez y arrogancia de los furiosos rebeldes.

Nó, no fueron las lágrimas, instancias y aun fuerza de los in-

digo, vecinos de Naucalpan, Tacuba
 y demas contornos los que detu-
 vieron el paso á la madre de Dios
 desde su casa á la nuestra; ni la
 violencia con que separadas las
 mulas del coche en que era con-
 ducida esta imagen prodigiosa, ti-
 raba la gente de el, unas veces
 para el santuario, y otras por el
 camino, empleando en esta contienda
 porfiada desde las doce del dia hasta
 las dos y media de la tarde, hora en
 que llegó á Tacuba; ni la prudencia
 del comisionado de este superior go-
 bierno y la del juez de aquel territo-
 rio, quienes para sosegar esta especie
 de tumulto, hicieron descansase en el
 mismo pueblo, mientras que con razo-
 nes eficaces lograban persuadir á los
 indios que no traían robado tan inesti-
 mable tesoro, sino que por el contra-
 rio le iban á poner á cubierto de qual-

quiera insulto de los facciosos; ni quan-
 tas dificultades invencibles al parecer
 se ofrecieron en lo restante del camino
 que á cada paso servian de la mayor
 affliccion á los sacerdotes sus conduc-
 tores, y al caballero diputado para
 comision tan dificil; nada de todo es-
 to, digo señores otra vez, fué el mo-
 tivo de la dilacion en su llegada hasta
 el lugar en que hoy la veneramos. Ella,
 ella misma ha sido la que dispuso
 tantos inconvenientes para auxiliar,
 mientras sucedian, á nuestros herma-
 nos que peleaban por su causa y por
 nuestra libertad. Ella la que os ins-
 piró, SEÑOR EXMÔ. el que dictaseis la
 orden para su venida: ella la que
 volvía y revolvía innumerables ve-
 ces, como si puesta ya en camino
 hacia México deliberase en lo corto
 de su espacio ya el visitar y ya el no
 visitar á sus angustiados hijos: ella la

que, ignorandolo nosotros, y aun pareciendonos que no atendia á las voces con que desde aqui invocabamos su clemencia, dirigia la batalla, daba esfuerzo á los soldados y confundia al enemigo: ella.... Pero yo jamas acabaria, si tomase el empeño de decir quanto esta madre de misericordia hizo por nuestra felicidad en el memorable dia 30 de octubre del año pasado de 1810.

No creo señores que haya alguno entre vosotros que dude á quien se ha de atribuir esta victoria; pues si á las ocho de la mañana comenzó la terrible accion de las Cruces por parte de los enemigos, á las siete de ella se comunicó la orden para la venida de esa imagen; si á las once se dexaron ver aquellos en columna de ataque, y á su cabeza quatro piezas de artilleria con las compañías de Ze-

laya, provinciales de Valladolid, batallon de Guanajuato y dragones de Paztquaro, reyna y príncipe, á esa misma hora llegó el caballero regidor decano al santuario de los REMEDIOS, y puso en execucion la citada superior orden: si á las cinco y media de la tarde, despues de un combate el mas obstinado y sangriento tuvo nuestro pequeño ejército que retirarse por las circunstancias tristísimas en que se hallaba;^b tambien á las cinco y media entró MARIA por las calles de México entre los vivas y clamaciones de sus consternados hijos, que embargados por una alegría repentina no acertaban á mas, que á articular voces sin sentido, y bañar el suelo con lágrimas de un puro é increíble gozo. Y ¿qual fué el éxito de esta llegada?

^a G. zeta extraordinaria del gobierno de México del jueves 8 de noviembre de 1810. núm. 130. ^b Allí mismo.

4^o
Bien lo sabeis: que Hidalgo, ignorándose hasta hoy la causa, mandó tocar á esa hora la retirada: y el que antes habia dominado tiranamente en una gran parte de la América, ni habia encontrado quien desbaratara sus fuerzas, no contuvo su fuga hasta los campos de Aculco, donde fué despues de pocos días humillado y vencido: luego se vió arrojado de Valladolid, Guanaxuato, S. Miguel, Zelaya, Potosí, Guadalajara y Zacatecas, y aprehendida ultimamente su persona y las de los principales de su ejército, pagaron ya con la vida los desastres y calamidades que traxeron sobre la nueva España.

¡Que triunfo señores tan glorioso este, que la madre de Dios consiguió de nuestros fieros enemigos! ¡Y que felicidad tan completa la que ella nos ha traído, ahuyentando de Méxi-

49
co para siempre al caudillo de una rebelion que nos hubiera ocasionado los mas funestos estragos! Este infeliz hombre despues de haber executado en otras partes males sin número y sin tamaño, á imitacion del tirano Abimelec se atrevió á acercarse á nuestras mismas puertas, pretendiendo envolvernos en la comun desgracia; pero MARIA, LA BENIGNA Y CLEMEN- TÍSIMA MARIA, que por medio de esa imagen prodigiosa nos habia favorecido en todas las calamidades, se dignó tambien preservarnos de esta, confundiendo al enemigo; y como si le hubiera deshecho la cabeza con un peso enorme, así le venció y entregó en nuestras manos para que cesase en sus iniquos proyectos. *Ecce una mulier fragmen molae desuper iaciens illisit capiti Abimelech, & confregit cerebrum eius.*

¿Y que mal podrá sobrevenirnos después de una victoria tan señalada, alcanzada por el brazo fuerte de esta muger animosa que destruyó las fuerzas de nuestro terrible contrario? Si temiamos la desolacion de nuestra hermosa y opulenta ciudad; MARIA nos la impidió. Si eramos amenazados con un duro é insufrible cautiverio; MARIA nos libertó. Si venian sobre nosotros el hierro, la miseria y el hambre; MARIA los ahuyentó. Si la barbarie y crueldad mas inhumana querian establecer en México su infame trono; MARIA lo derrocó. Si la muerte precedida de tormentos horrorosos é inauditos anhelaba por acabar nuestras vidas; MARIA nos la apartó. Si la integridad de las vírgenes, si el decoro de las matronas, si el respeto de las personas sagradas estaban destinados á perecer con ignominia entre las garras de esas

fieras; MARIA los conservó. Si disfrutamos de la paz, si tenemos sosiego en nuestras casas, si gozan de libertad las familias, si retirado ya muy lejos de nuestros confines al espantoso ruido de las armas, podemos con seguridad derramar hoy nuestro corazon en la presencia del altísimo, y ofrecerle el debido sacrificio de nuestra alabanza; MARIA ha sido quien todo lo causó. Ella hizo que se guardase el orden, se afirmase la tranquilidad, se asegurase la quietud, se conservase la justa dominacion, y quedara ilesa la legítima autoridad. Ella rechazó el furor del tirano, desterró la infelicidad, impidió un injusto saqueo, defendió nuestras vidas, y nos preservó de la ferocidad mas inhumana. Ella por último ha sido la que patrocinó nuestra causa, miró por la honestidad, volvió por el honor de la

*

fe, mantuvo nuestra antigua y sagrada creencia, y cerró el abismo de desgracias en que íbamos á caer por la opresion de un hombre miserable, que no consultando mas que á los gritos de una pasion desenfadada, queria confundirlo todo, y hacernos experimentar los terribles efectos de su furor ciego y de su manifiesta irreligion.

¿Que debemos pues hacer nosotros para agradecer tan singulares favores? Si las palabras solas fueran la debida señal de nuestro reconocimiento, ninguno habria que dexara de mostrarse obligado á tantos beneficios. Pero la mayor desgracia es que publicando en todas partes que somos deudores á MARIA de quanto hoy somos y poseemos, nuestras obras dicen lo contrario, y con ellas causamos un sumo deshonor á la misma

que tanto bendecimos con los labios. ¿Hasta quando señores, hasta quando será tiempo de que acreditemos con acciones virtuosas que somos los hijos preferidos en el cariño y maternal afecto de MARIA? Esta madre de misericordia nos ha distinguido sobre quanto podiamos desear, se dexó vencer de nuestras súplicas, y volvió hacia nosotros sus benignos y amorosísimos ojos. Y ¿qual ha sido despues nuestra correspondencia? Aumentar el número de nuestros pecados, continuar en el escándalo, en la dissolution y en el libertinage, hacernos sordos á las voces con que el señor ha querido despertarnos de tan funesto letargo, y aun hoy venir tal vez á este suntuoso templo con unos fines muy criminales y opuestos á la santidad y pureza del Dios que está allí escondido. Y ¿no es cierto esto? ¿Y

así queremos que el señor nos conceda victorias, porque su santa y digna madre es también madre nuestra? ¿Con que será posible que habiéndose esmerado tanto esta abogada de los pecadores en impedir los gravísimos males que nos amenazaban, no acabemos de salir del profundo abismo de culpas en que nos hallamos sumergidos, y que han sido la causa única del azote cruel con que han sido castigadas las provincias de este hermoso reyno? ¿Con que no acabaremos de entender que si abusando ahora de la paz y prosperidad que MARIA nos ha conseguido, no ponemos remedio á nuestras perversas inclinaciones, y seguimos los espaciosos y alegres caminos del pecado, del placer y del deleyte; permitirá el señor que venga sobre nosotros un horroroso cúmulo de desgracias, aun mayo-

res que las que ya estábamos próximos á sufrir? ¿Con que si ahora bebiendonos como agua las iniquidades, seguimos aumentando la malicia y el número de los escándalos, y precipitando á nuestros próximos en un abismo de culpas, no temeremos justamente que Dios cansado ya de sufrirnos despues de tantos avisos paternales, nos quite por último el inestimable don de la fe, como que cada dia nos hacemos mas indignos de el, y lo conceda á otras gentes que consigan sus preciosos frutos? Y ¿que será entonces de nosotros? Ya ni reconocemos á un Dios verdadero, ni confesaremos su inefable providencia, ni ocurriremos á su infinita bondad, ni invocaremos su gran misericordia, ni acudiremos á un redentor amoroso.

a. Dico vobis, quia auferetur a vobis regnum Dei, & dabitur genti facienti fructus eius. Matth. XXI. 43.

que nos liberte de la esclavitud, ni seremos labados de nuestras culpas con su sangre, ni esperaremos un parayso celestial en el que descansemos de nuestras fatigas, ni temeremos un infierno abierto para castigar nuestros crímenes, ni confiaremos en la proteccion de los santos amigos de Dios para que nos ayuden con sus súplicas. Volveremos la espalda á MARIA, diremos que no es nuestra madre, la llenaremos de injurias y baldones, despreciaremos su poderoso valimiento, nos causará indignacion....

¡Virgen purísima! reyna del cielo! madre de misericordia! ¡Consuelo, refugio y esperanza única de los miserables pecadores! ¡MARIA: benigna, piadosa y misericordiosísima MARIA! ¿Vuestros hijos señora son los que os han de despreciar? ¿Y sufrirá el amor con que siempre nos ha-

beis mirado el que nos veais sepultados en este abismo? ¿Y podreis tolerar el que nuestros pecados nos hagan dignos de tan terrible pena, sin que al momento nos deis vuestra poderosa mano para evitarla? ¿Y tendreis un ánimo sereno para advertir que corremos precipitadamente á lo sumo de la perdicion, y no conseguireis del señor una gracia omnipotente que nos llame del medio de tanto extravio, y nos conduzca á la difícil senda de una penitencia verdadera? ¡Ea virgen piadosísima! volved hacia nosotros esos ojos llenos de misericordia. No queremos victorias, si despues de ellas hemos de ofender á vuestro divino hijo: ni nos alcanceis triunfos, si hemos de abusar de la paz que es el precioso fruto de ellos: ni pidais al señor que levante su justicia-ra mano de sobre nuestras cabezas, si

hemos de convertir estos beneficios
en nuevas y mayores ingratitudes.
¿Habíamos de quedar privados para
siempre de la agradable vista de vues-
tro hermosísimo rostro? ¿Nos llama-
ríamos ahora hijos vuestros, y sería-
mos despues vuestros mas jurados
enemigos? ¿Habríamos resonar hoy
en las bóvedas de este magnífico tem-
plo el dulcísimo y consolante nombre
de MARIA, y le llenaríamos de exé-
caciones y de ultrages condenados per-
petuamente en el abismo? No lo per-
mitais madre amorosa. Antes quede-
mos privados de todo bien, y aun de
la misma vida, que llegar á sumergir-
nos en tan horrible desgracia. MARIA
benignísima, por la gloria y honor de
vuestro santo nombre poned un efi-
caz remedio á nuestras necesidades.
Alcanzadnos la gracia, la penitencia
firme, verdadera y constante, libradnos

